

## *Poesías*



## Prólogo de *Obras dramáticas y líricas* (1825), fragmento<sup>1</sup>

En las poesías sueltas que acompañan a esta colección dramática se reconocen las máximas que seguía el autor, según la diferencia de los géneros, de los argumentos, de la versificación y del estilo en que las escribía; los originales que procuraba imitar, y su cuidado, nunca desmentido, de sujetar los ímpetus de la fantasía a las leyes del raciocinio y del buen gusto. Supo substraerse a la corrupción que nació y se propagó en su tiempo, a la nueva especie de culteranismo en que cayeron muchos de los que cultivaron la poesía, con más o menos inspiración, estableciéndose una escuela de error que ha sido funestísima al progreso de las letras humanas.

Hubo una época en que algunos jóvenes, mal instruidos en sus primeros estudios, sin conocimiento de la antigua literatura, ignorantes de su propio idioma, negándose al estudio de nuestros versificadores y prosistas (que despreciaron sin leerlos), creyeron hallar en las obras extranjeras toda la instrucción que necesitaban para satisfacer su impaciente deseo de ser autores. Hiciéronse poetas y alteraron la sintaxis y propiedad de su lengua, creyéndola pobre porque ni la conocían ni la quisieron aprender; substituyeron a la frase y giro poético que la es peculiar locuciones peregrinas

e inadmisibles; quitaron a las palabras su acepción legítima o las dieron la que tienen en otros idiomas; inventaron a su placer, sin necesidad ni acierto, voces extravagantes que nada significan, formando un lenguaje oscuro y bárbaro compuesto de arcaísmos, de galicismos y de neologismo ridículo. Esta novedad halló imitadores, y el daño se propagó con funesta celeridad. Por ellos dijo Capmany: «Estos bastardos españoles confunden la esterilidad de su cabeza con la de su lengua, sentenciando que no hay tal o tal voz porque no la hallan. ¿Y cómo la han de hallar si no la buscan, si no la saben buscar? ¿Y dónde la han de buscar si no leen nuestros libros? ¿Y cómo los han de leer si los desprecian? Y no teniendo hecho caudal de su inagotable tesoro, ¿cómo han de tener a mano las voces de que necesitan?»<sup>2</sup>.

A la ignorancia de la lengua se añadió la del arte de componer. Falta de plan poético, pobreza de ideas, redundancia de palabras, apóstrofes sin número, destemplado uso de metáforas inconexas o absurdas, desatinada elección de adjetivos, confusión de estilos y constante error de creer sencillo lo que es trivial, gracioso lo que es pueril, sublime lo gigantesco, enérgico lo tenebroso y enigmático. A esto añadieron una afectación intolerable de ternura, de filantropía y de filosofismo que deja en claro el artificio pedantesco<sup>3</sup>, y prueba que tales autores carecieron igualmente de sensibilidad que de doctrina.

Si en las obras sueltas de Moratín no se advierten extravíos de igual naturaleza, no por eso pudo lisonjearse de haber llegado a la perfección, que siempre huye del anhelo con que los hombres la solicitan: nada hay perfecto. Nunca aspiró a la gloria de poeta lírico, pero compuso algunas obras en este género para desahogo de su imaginación y sus afectos o para corresponder agradecido a los que estimaban en algo las producciones de su pluma. Siguió en este ramo de la poesía los mejores ejemplos de la antigua y moderna literatura; cultivó su lengua con aplicación infatigable; evitó los errores que veía difundirse y aumentarse diariamen-

te, aplaudidos por la ignorancia y la falsa crítica, y sostenidos por la autoridad, que contribuyó eficazmente a propagarlos; pero ni desconoció la distancia a que se hallaba del acierto, ni fue tan grande su amor propio que le hiciese olvidar cuán difícil es adquirir en el Parnaso dos coronas<sup>4</sup>.



## Poesías sueltas<sup>5</sup>

AL LECTOR

El autor de las poesías que contiene esta colección no ha solicitado nunca la gloria de poeta lírico, sabiendo cuán difícilmente se obtienen dos coronas en el Parnaso<sup>6</sup>. Demasiado célebre ya por sus obras dramáticas<sup>7</sup>, hubiera condenado las demás a perpetuo olvido si el ver algunas de ellas impresas y otras manuscritas, divulgadas ya entre los aficionados a este género de lectura, no le hubiera precisado en cierto modo a corregirlas y darlas a luz, reunidas con algunas otras, para que no adquirieran más imperfecciones que las que tuvieron en su origen.

Aunque no heredó el talento poético de su padre, sintió desde su primera edad una vehemente inclinación a la poesía. Puede decirse que las musas le arrullaron en la cuna<sup>8</sup>. A los nueve años ya componía versos, y en la serie de su vida, en que ha gozado largas épocas de tranquilidad y salud constante, ha escrito muchas obras líricas, o para desahogo de su imaginación y sus afectos, o para corresponder agradecido a los que estimaban en algo las producciones de su pluma. Así es que esta colección, reducida por él mismo a un solo volumen, pudiera haberse dilatado hasta cuatro o cinco si no hubiera consumido el fuego lo que le pareció menos estimable<sup>9</sup>. Sin embargo, al presente tomo podrá seguir en adelante otro de obras póstumas, y alguno de sus

buenos amigos se encargará de darle a la prensa cuando nada le importen al autor ni la detracción ni los elogios.

El editor se ha tomado la libertad de ilustrar algunas composiciones con notas históricas y críticas que no le han parecido del todo inútiles.

Carminibus quaero miserarum obli-  
via rerum.

OVIDIO<sup>10</sup>

1

*Soneto*

A D. Juan Bautista Conti\*

1781<sup>11</sup>

Febo desde la tierna infancia mía  
quiso que el plectro<sup>12</sup> de marfil pulsara  
y en las alturas de Helicón<sup>13</sup> gozara  
sus verdes bosques y su fuente fría<sup>14</sup>.

Mas dudosa la mente desconfía, 5  
Conti, aspirar al premio que prepara  
a solo el que mostró, con unión rara,  
talento y arte en docta poesía<sup>15</sup>.

Pero si tú, mi amigo generoso, 10  
la cumbre me señalas eminente  
y el paso incierto dirigir no excusas<sup>16</sup>,  
imitando tu verso numeroso<sup>17</sup>  
veré de lauros coronar mi frente<sup>18</sup>  
suspenso al canto el coro de las musas.

\* Don Juan Bautista Conti, literato italiano, vivió largas temporadas en Madrid<sup>19</sup> durante los reinados de Carlos III y Carlos IV. Su carácter amabilísimo y su exquisito gusto en la poesía le facilitaron el trato y amistad de los sujetos más instruidos de la corte, y entre ellos la de Moratín el padre. Muerto este, le debió su hijo un cariño constante y, con él, los más acertados consejos acerca del estudio de las buenas letras y la elección e imitación de los mejores modelos, de los cuales le enseñaba a percibir los aciertos y a notar los errores. Las traducciones que hizo Conti de nuestros más acreditados poetas y las notas con que las ilustró<sup>20</sup> manifiestan cuán útil pudo ser su trato a un joven que empezaba entonces la carrera poética sin los auxilios que hubiera podido hallar en su padre, cuya celebridad aumentaba su temor y su desconfianza.

Entre las muchas poesías de Conti que han quedado manuscritas, no será indiferente a los lectores españoles un elogio que hizo del conde de Floridablanca, reduciéndole al siguiente soneto:

Fra i cari suoi vanta la gloria un figlio<sup>21</sup>,  
che vivirai pria nel senato ibero  
sparse d'alta dottrina e di consiglio,  
poi dove han trono i successor di Piero.  
Ei, fra l'ire di Marte e nel periglio,  
resse lo stato, e frenò l'anglo altero:  
tolse la patria all'africano artiglio,  
e dell'Egeo le vie schiusse al nocchiero.  
Per lui Pallade ha tempio: e là, di quante  
natura erbe creò chiostra verdeggia:  
per lui piano è il cammin su gli ardui scogli.  
Uom, non di fregi e d'or ch'offre la reggia,  
ma de suoi rè, ma di sua patria amante...  
Deh! si gran dono, ò ciel, tardi ritogli.

## 2

*Oda*Traducción de Horacio<sup>22\*</sup>¿h. 1783<sup>23?</sup>

Deja tu Chipre amada,  
 Venus, reina de Pafos y de Gnido<sup>24</sup>,  
 que Glicera<sup>25</sup> adornada  
 estancia ha prevenido  
 y te invoca con humos que ha esparcido. 5  
 Trae al muchacho ardiente<sup>26</sup>  
 y las gracias<sup>27</sup>, la ropa desceñida,  
 y a Mercurio elocuente<sup>28</sup>,  
 y de ninfas seguida  
 la Juventud<sup>29</sup>, sin ti no apetecida. 10

\* El autor estudiaba a Horacio traduciéndole. No hay medio más seguro de conocer hasta dónde llega el mérito de aquel poeta y la superioridad del idioma en que escribió comparado con los modernos. En las traducciones que contiene esta colección se verá el deseo laudable de acertar, y la dificultad de conseguirlo.

## 3

*Oda*A la memoria de D. Nicolás Fernández  
de Moratín\*1780<sup>30</sup>—

Flumisbo, el celebrado  
 cantor de Termodonte<sup>31</sup>  
 por quien grato a las ninfas  
 fue de Dorisa el nombre<sup>32</sup>,

ya las sombras habita de los elisios bosques <sup>33</sup> . Llorad, Venus hermosa, llorad, dulces amores <sup>34</sup> . Suelta la crencha de oro <sup>35</sup> que el viento descompone, la rica vestidura desceñida sin orden,	5     10
Erato <sup>36</sup> , que suave le colmó de favores, sobre la tumba fría hoy se reclina inmóvil.	15
Del seno de su madre, el niño de los dioses <sup>37</sup> batió veloz las alas, fugitivo se esconde.	20
Deshecho el arco inútil, la venda airado rompe: ardió la corva aljaba y duros pasadores <sup>38</sup> .	
Es fama que en la selva por donde lento corre el Arlas <sup>39</sup> , coronado de olivo, yedra y flores <sup>40</sup> , sonó lamento ronco <sup>41</sup> de mal formadas voces <sup>42</sup> que en ecos repitieron las grutas en los montes.	25    30
Ninfas, la queja es vana si dio la parca <sup>43</sup> el golpe, ni vuelve lo que usurpa el avaro Aqueronte <sup>44</sup> .	35
Alzad un monumento con mirtos de Dione <sup>45</sup> , ornado de laureles, guirnaldas y festones,	40

entrelazando en ellos la trompa de Mavorte <sup>46</sup> y la cítara dulce del teyo Anacreonte <sup>47</sup> ;	
las coronas de Clío <sup>48</sup> ,	45
de Amor venda y arpones, y las aves de Venus <sup>49</sup> el obelisco adornen <sup>50</sup> .	
Que si al asunto digno mi verso corresponde,	50
si da lugar el llanto a números acordes, de la región que tiene por su cenit al norte	
a la que esterilizan rayos abrasadores <sup>51</sup> ,	55
Flumisbo en la memoria durará de los hombres sin que fugaz el tiempo su duración estorbe <sup>52</sup> .	60

\* D. Nicolás Fernández de Moratín nació en Madrid en el año de 1737 y murió en el de 1780. Cultivó con acierto varios géneros de poesía. En sus romances hay pinturas felicísimas que anuncian la fecunda imaginación del poeta y el estudio que había hecho de nuestra historia y antiguas costumbres. El canto épico de *Las naves de Cortés* se considera como lo más perfecto que tenemos en este género. En sus composiciones amorosas imitó con maestría a Petrarca; en la lírica sublime rivalizó con nuestros buenos poetas antiguos. La pureza de lenguaje y la armonía de la versificación son comunes a todas sus obras. Menos apto su talento para la imitación dramática, dio luz a una comedia y dos<sup>53</sup> tragedias que, aunque muy superiores a todo lo que entonces se admiraba en nuestra escena, no llegan todavía a aquella difícil perfección que se exige en esta clase de composiciones. Durante su vida combatió con éxito feliz los extravíos del mal gusto, sostuvo los buenos principios y facilitó con su ejemplo el camino a los que le siguieron después. Las noticias críticas o históricas de su vida, publicadas pocos años ha al frente de sus *Obras*

*póstumas*, dan a conocer cuán benemérito fue este poeta de la celebridad que adquirió en su tiempo y aún conserva en el aprecio de los inteligentes.

4

*Soneto*

A Flérida, poetisa<sup>54\*</sup>

h. 1787

Basta, Cupido, ya, que a la divina  
ninfa del Turia reverente adoro;  
ni espero libertad, ni alivio imploro,  
y cedo alegre al astro que me inclina. 5  
¿Qué nuevas armas tu rigor destina  
contra mi vida si defensa ignoro?  
Sí, ya la admiro entre el castalio coro<sup>55</sup>  
la cítara pulsar griega y latina.  
Ya, coronada del laurel febeo, 10  
en altos versos llenos de dulzura  
oigo su voz, su número elegante.  
Para tanto poder débil trofeo  
adquieres tú si sola su hermosura  
bastó a rendir mi corazón amante<sup>56</sup>.

\* El soneto se ha considerado siempre como la más difícil de las composiciones cortas<sup>57</sup>. Boileau siguió esta opinión, asegurando que apenas, entre mil sonetos franceses, se hallarían dos o tres dignos de estimación. Lo mismo puede decirse de los que se han escrito hasta ahora en Italia y España: pocos hay que puedan contarse por excelentes entre la multitud innumerable de ellos<sup>58</sup>. Es evidente la dificultad del acierto, pero no debe sacarse la consecuencia que algunos críticos modernos<sup>59</sup> han querido establecer como principio, afirmando que la perfección de un soneto, cuando llega a lograrse, no vale el trabajo que cuesta y que, por consiguiente, es un género que sería bueno abandonar. Nada de esto es cierto.